

náutica. Tocante al exterior de su persona, fué de estatura más que mediana, la cara larga y grave, la nariz aguileña, los ojos grises, la tez blanca, pero de encarnado vivo, la barba y cabellos castaños en su juventud, pero que encanecieron luégo por los sufrimientos. En el hablar era gracioso y jovial y fácilmente llegaba á ser elocuente si se trataba de algun negocio importante; afable con los forasteros y con los de casa dulce y placentero, pero siempre con moderada gravedad y discreta conversacion, lo que le captaba fácilmente el amor de quien le veía. En una palabra, tenía aspecto venerable y era persona de mucha autoridad y digno de toda reverencia. En cuanto á las costumbres, era sóbrio y moderado en el comer, beber, vestir y calzar; y ya estuviera en calma ó enojado, sus palabras siempre eran estas: *os doy á Dios; no os parece así? porqué hiciste esto?* (1).

Estos párrafos, copiados de dicho Ms. concuerdan admirablemente con la historia de don Fernando, incluso el hecho de que en su juventud tenía rubios ó castaños los cabellos, pero que pronto encanecieron por los sufrimientos. Fernando Colon dice efectivamente que se le pusieron blancos á los 30 años. Hé aquí dos escritores españoles que en esto están también de acuerdo. Vosotros decís al revés, que la cabellera le descendía gris y espesa á los hombros cuando regresó de su primer viaje de descubrimiento, en cuya época tenía cerca de 51 años, casi el doble de la edad en que el hijo Fernando, que le conocía muy bien, nos lo representa ya encanecido. No sé dónde aprendisteis, ó mejor dicho, de dónde inferisteis aquella probabilidad de que Cristóbal Colon procurara á su padre en la ancianidad una tranquila y cómoda subsistencia, mientras que ni él mismo la tuvo; como también que nació el año 1446 ó 47, mientras que el párroco de los Palacios, que le conoció personalmente, dice que murió de *setenta* años, y no de *sesenta*, como se lo compuso el señor D'Avezac no *ad usum Delphini*, sino para su propio uso y consumo. No sé dónde habeis aprendido otras tantas fútiles noticias de que abunda por todas partes la Vida del héroe que publicásteis, en la que al propio tiempo poca cosa pusisteis de vuestra propia cosecha. Digo de vuestra propia cosecha y lo digo de intento, puesto que el conde Roselly os dice muchas veces en sus obras y escritos, y en todos los tonos, que, con dicha vida, no hicisteis más que un compendio, *abregé*, de la más voluminosa del americano, Washington Yrving, os trató de *abreviateur*, y os dió otros títulos por el estilo (2). Ahora bien, ó lo dicho por el señor conde es una mentira y en este caso desmentidle (no quisiera que os hicierais el sueco ó representarais el papel de don Bartolo), ó es una verdad, y entónces

(1) V. *Il Pensiero Cattolico*, dell' 11 novembre 1876, núm. 155, presso la cui Direzione esiste il testo spagnuolo.

(2) V. *Satan*, pág. 9.

á los incautos que os auxilian les dais en grandes dósis las fábulas, y sobre todo vendeis gato por liebre á la direccion del *Giornale Ligústico*, la que no se avergüenza de poner como remate á vuestro opúsculo acerca de la canonizacion de Cristóbal Colon estas terminantes palabras: «La patria de Cristóbal Colon le es deudora muchos años hace de una bella y concienzuda vida del héroe (1).» ¿Qué debe decirse de escritores que arreglan compendios de obras ajenas, ó de artistas que venden por originales las copias de los cuadros de Rafael, de Leonardo de Vinci ó del beato Angélico?

Y ya que estamos hablando de vuestras contestaciones con el señor conde, le censurais porque ha hecho de Cristóbal Colon un mediano marino, de mucho talento, sí, pero de poca ciencia. Os parece, empero, que estais en lo justo, vosotros y los vuestros, al decir que fué el hombre más grande de su siglo, que descubrió la América cuando se sentía generalmente esa necesidad, y que era un proyecto de la plenitud de los tiempos, (sin tener en cuenta las extrañezas del señor HARRISSE, que, á falta de Colon, asegura que otro la había descubierto dentro de muy poco tiempo, llegando hasta á fijar el año y el mes del descubrimiento) cuando consta, al contrario, que el Rey de Portugal á pesar de su prestigio y valor, á pesar de las notas é indicaciones de Colon, á pesar de valerse del marino ó capitán más hábil de su escuadra no pudo lograr ningun buen resultado? Yo opino al contrario que no sólo es el primero de su siglo del cual sólo tuvo desdenes, burlas, desprecio y olvido, sino que además es superior á cuantos le precedieron y á todos los que le siguieron, y que ninguna obra humana puede compararse con la suya, ya se considere el atrevimiento é inmensidad de la idea, ya los obstáculos de toda clase que se le interpusieron, ya la constancia en la ejecucion, ya la grandeza del resultado. Él solo

*Levó tant' alto e così larghe l' ali
Che ben può dire al mondo, io son d' Italia,
E son quell' uno che non ebbe equali.*

Es verdad que algunas pocas inteligencias privilegiadas entre los antiguos presintieron en sus especulaciones científicas, en sus profundas meditaciones algo vago, indefinido, desconocido, allende el Océano, pero el pensamiento se detenía aterrizado en presencia de la grande incógnita, cubierta por una inmensa extension de mar tenebroso, que la antigüedad había poblado de mónstruos, hechizos y maravillas. Ningun cuidado me dan las patentes de ignorancia que se

(1) V. *Giornale Ligústico*, anno II, p. 401.

dice que le expidieron las Academias de París y Berlin; ¿qué prueba mayor puede darse de la insuficiencia del saber y al mismo tiempo de la extraordinaria superioridad de Colon, que la negativa que le dieron las comisiones de sabios creadas *ad hoc* para juzgar sus proyectos en Portugal y Salamanca? Y sin embargo, en último resultado, ¿quien salió con mayor vergüenza de ellas? Colon ó aquellos sabios? Conteste la América.... Existen hombres de una inteligencia tan elevada, de talento tan penetrante, que son pigmeos ó pedantes los demas comparados con ellos. Haciendo caso omiso de Colon que vuela sobre los demas como águila, y del Tasso; concretémonos á un sabio moderno, italiano tambien, á Spallanzani, honra de las ciencias naturales, segun Bonnet, quien hizo por sí solo mayores descubrimientos que no hicieron en medio siglo las más ilustres Academias de Europa. Y basta con esto.

Volviendo á nuestro propósito, y concluyendo, digo:

Que Fernando Colon es hijo natural y legitimo del héroe, ya se atienda al testimonio de escritores contemporáneos ó casi contemporáneos, ya á su silencio, que san Jerónimo llamaria *silentium loquens*; que en calidad de tal le trataron siempre Cristóbal Colon, los miembros de su familia y los que no pertenecian á ella; que tuvo posesion de estado de hijo legitimo, posesion que no se le puede quitar con delirios fantásticos y cuentos de novelas; que los escritores modernos que le niegan dicha cualidad, no merecen ninguna fé, teniendo en contra suya á toda la antigüedad que habla muy claro; que estos escritores modernos tampoco la merecen por haber sido contradecidos por otros de tanta ó mayor consideracion y fama y por haberse copiado unos á otros sin prévio exámen, y casi por hábito; que sus afirmaciones no tienen ningun punto de apoyo, al que *inhereat*, y deben relegarse al olvido entre las fábulas de los mapas que dejó á Colon el piloto muerto en su casa, del error que le guió al inmortal descubrimiento, de la suposicion de que no descubrió el continente americano; que no estudió en Pavia; que Fernando Colon no es el escritor de su vida etc., etc.

El canónigo Sanguineti escribió ya que los detractores de Colon eran por lo general italianos (1). No quisiera ahora que esos detractores se hubiesen refugiado y concretado á Génova, como con cierta imprudencia y temeridad se dá motivo para que lo diga al ilustre escritor frances. No diré que Colon no tenga en Génova grandes y sinceros admiradores como los tuvo siempre. Diré sólo que en Génova (á diferencia de lo que le sucedió á Vespucci tan inferior á él en Florencia) no se le tuvo en aquel gran concepto y general admiracion que merecian sus inmortales hechos realizados á costa de grandes sacrificios, y de inmensos padecimientos de

(1) V. *Prefazione*, della Vita dell' eroe, pág. 26.

ánimo y cuerpo, cuya causa es inútil indagar para nuestro actual asunto. Diré por último, y concluyendo, que se atribuye vanidad, orgullo y ligereza á su inmortal hijo y sabio historiador, con el mismo fundamento con que por un triste privilegio y por pocos ilusos se le llama hoy ilegítimo en Génova: *Multa sunt quae vera videntur et interea deliramenta sunt animi ratione abutentis.*